

Desde aquel museo vivo

José Tomás Martín Remón.



Tener el trabajo en el Edificio Pignatelli ofrece proximidad al Museo Pablo Serrano. A poco que te guste la actividad cultural, te resulta muy sencillo pasar de vez en cuando por el Museo para seguir las exposiciones temporales.

Vivir en la Puerta del Carmen, a escasos minutos, te hace transitar por las aceras del Museo varias veces al día. Los sucesivos anuncios de las exposiciones temporales han sido siempre una invitación irrechazable a realizar una visita al interior. Y una vez dentro no evitas nunca la Sala Permanente.

En situaciones de estrés aprendí lo beneficioso que, para mi bloqueo o tensión cerebral, resultaba dar un paseo por las salas del Museo. En alguna de esas visitas a deshora, tropezaba con grupitos de colegiales, generalmente muy críos, que realizaban una visita instructiva en horas lectivas, y a mí, aquel hermoso modo de enseñar y de aprender, me ha resultado siempre encantador.

Cualquiera de estos días vuelve a ser normal ver grupos de escolares realizando un trabajo similar al que recuerdo de hace unos años. Pero algo ha cambiado radicalmente. No tengo claro si es que estoy envejeciendo, si es que este renovado

edificio me supera, si es que el gasto bestial de esta última reforma me cuesta digerirlo en semejante época de crisis, o si, simplemente, todo se ha caído del pedestal de mi recuerdo.

Personalmente, el edificio de los talleres de oficios del Hogar Pignatelli, no me ha parecido nunca excepcional, o lo suficientemente interesante, como para conservarlo en el estado de abandono en que se encontraba en la década de los setenta del siglo pasado; por eso, la noticia de que se iba a convertir en sede del futuro Museo Pablo Serrano fue un alivio. De la reforma inicial, me costó aceptar ese *hormigonazo* bestial que ocultaba parcialmente los muros de los viejos talleres, pero en su interior habían creado aquella sala de exposiciones permanente de la obra de Pablo Serrano que me ha atraído siempre de un modo irracional, haciéndome olvidar lo abrupto del envoltorio. Posteriormente se escucharon rumores que convertían el espacio en Centro de Arte Contemporáneo Aragonés y que, supongo que por problema de “iniciales”, acabó por convertirse en el actual IAACC Pablo Serrano.

La nueva reforma ha ampliado los volúmenes hasta límites ines-

perados. El museo ha triplicado el espacio expositivo y eso también se nota en la exposición permanente de la obra de Pablo Serrano, más extendida y espaciosa. Pero algo hace que eche en falta las rampas de la antigua sala de exposiciones permanente. Algo me han quitado. Algo ha cambiado.

Me haría falta volver a ver a los formidables actores del Teatro Pingaliraina deambular por aquella gran sala, deslizándose por las rampas o encaramados en los volúmenes expositivos, y siempre rodeados de un montón de niños escuchando interesadísimos las explicaciones sobre los materiales y la creación de las series de Pablo Serrano, seguidos por los padres tan integrados como sus hijos. Una especie de cuentacuentos, usando adivinanzas y juegos, que va encauzando una explicación conceptual de arte contemporáneo que, de otro modo, resultaría farragosa y difícil. Y, por encima de todo, padres e hijos participando de la misma actividad. De verdad encantador.

¿Será que echo en falta mañanas de domingo como aquellas?